

NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

44

30
CTS



HILDA ROSCH
HARRY LIEDTKE

**EL
PRINCIPE
X**

EDICIONES BISTAGNE



= JANSON, Victor

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

ARON Francisco-María Distague Núm. 44

Zircusprinzessin, Die (1928)

* El príncipe X

Interesante comedia, interpretada por

Hilda Rosch y Harry Liedtke

*Marianne Winkelstern, Ernst
Varelas*

Exclusiva de

E. González - Emelka - Madrid

Distribuida por

Balart y Simó

Aragón, 249

BARCELONA

POSTAL - REMITE: TONY D'ALGY

EDICIONES DISTAGNE

Passeje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

* Screen "Series" Germany
174, 179, 215, 303, 321, 339

= 332

El príncipe X

Argumento de la película

En un cantón, no lejos de San Petersburgo, estaba de guarnición el regimiento de Dragones "Princesa Fedora".

El jefe superior del regimiento era el comandante Kalman que tenía a sus órdenes al capitán, príncipe Federico Palinski, alegre muchacho que rendía un culto fidelísimo a las aventuras amorosas.

Un día el comandante se despidió de Federico:

—Voy a la capital. Dentro de unos días re-

gresaré. Espero que me representará dignamente durante mi ausencia.

Apenas hubo marchado Kalman, la alegría resplandeció en los ojos del capitán.

—¡Ahí era nada poder gozar de libertad, independencia y de mundo absoluto!

Llamó por teléfono a su asistente Schurka, un soldado campesino que nada tenía de tonto.

—Schurka, el comandante ha salido de viaje... Por varios días viviremos en la Comandancia... Vete al "Palace de Dams" y...

—¡Muy bien, mi capitán!

—Ya sabes, Loló de Coco...

—Comprendo. No me diga nada más. ¡A la orden!

Y el asistente se dirigió al cabaret "Palace de Dams" y habló con Loló de Coco, la célebre bailarina vienesa.

—Mi bravo capitán, el príncipe Federico Palinski, tiene el honor de invitar a usted a cenar... ¿Acepta?

—¡Encantada!

—La espera en la Comandancia... Esta es la llave de la puerta secreta que está a la derecha... Procure que no la vean entrar los centinelas de la puerta principal.

Y aquella noche, la bella Loló entró por la puerta secreta de la Comandancia, cenando y pasando una larga velada con el militar.

Ignoraban los demás oficiales los devaneos de su jefe interino, aunque sospechaban que éste hacía bien compatibles sus actividades de guerra y de amor.

Durante varios días prosiguió aquel encantador idilio en las severas habitaciones del comandante en propiedad.

Otras veces Federico iba al "Palacio de Dams" a buscar a su amiguita. Pero, hombre variable, que gustaba de respirar diferentes perfumes, flirtaba también con otras artistas, entre ellas Mizzi Madelmayer, una rusa nerviosa y fina que parecía capaz de todas las locuras.

Y no era ésta sola... También rendía sus marigalces, sus bellas mentiras, a las demás muchachitas del cabaret.

En la variación estaba el verdadero y alegre sentido de la vida. Y espaciaba sus citas, un día para Loló y los demás días para cada una de sus efímeras enamoradas.

Un día, Mizzi invitada a cenar en la Comandancia, tuvo la debilidad de confesar su cita a Loló de Coco. Esta al verse engañada, insultó

con todos los epítetos imaginables a su compañera y pateó rubiosamente... El escándalo fue formidable y llegó a oídos de las otras artistas, quienes también habían sido invitadas para días sucesivos.

—¡Nos ha engañado a todas!—dijo Loló—. Vayamos a la comandancia a vengarnos de él.

Y apenas terminada la función, las bellas mujercitas, mariposas del alegre amor, se dirigieron hacia la Comandancia en busca de la puerta secreta.

Federico se hallaba en otro de los pabellones hablando con los oficiales del regimiento, a quienes pidió la cantidad de cien rublos.

Eran para comprar flores... Debía recibir la visita de cierta mujer encantadora... y, naturalmente, no podía quedar mal.

—¿Cien rublos en flores? ¿Tan bella es la muchacha?

—¡Encantadora! Os prometo que hoy la besaré en nombre de todo el Regimiento.

Bien lejos estaban de sospechar que en aquellos instantes el comandante Kalman regresaba de su viaje.

Fatigado por el largo ajeteo de aquellos días

dirigióse directamente a su pabellón y metióse en cama.

A poco dormía como un lirón... Le convenía un largo descanso para estar al día siguiente ágil y como nuevecito.

Las artistas del cabaret, llevando al frente a Loló de Coco, abrieron con su llave secreta el pabellón, se acercaron a la cama donde creían dormía el capitán y, cogiéndole entre todas, sin darse cuenta en la semiobscuridad del cambio de personas, empezaron a mantearlo y luego lo echaron tranquilamente por una ventana hacia el patio.

Kulman, sorprendido por aquel inesperado ataque, parecía haber perdido el uso de la palabra, pero de pronto rompió a hablar, protestando enérgicamente contra aquel inexplicable atropello.

Las muchachas se dieron cuenta de su tremendo error.

—¿Qué hemos hecho? ¡Pero si no es el capitán Federico!

Y atemorizadas, creyendo en un severo castigo, huyeron velozmente.

El asistente Schurka, desde su cuarto, había

presenciado horrorizado el manteamiento de su superior.

Corrió a dar cuenta de ello al capitán Federico.

Asustado ante las consecuencias que aquello podía tener Federico, se dirigió apresuradamente al patio y vió raído en tierra en pijama y con ligotera al comandante Kulman que se daba a todos los demonios.

—¡Usted!—rugió el comandante al verle— Por su culpa me ha ocurrido todo eso... Recibía usted mujeres en mi habitación, aprovechándose de mi ausencia, manchando el buen nombre del cuartel... Pero eso no quedará así... ¡Yo se lo aseguro! ¡De momento queda usted arrestado!

—Pero mi comandante, yo...

—¡Ni una palabra! ¡Al arresto!

Y Federico saludando militarmente y dándose cuenta de la gravedad de la situación, dirigióse a cumplir la orden.

Al día siguiente, Federico fué llamado al cuarto de banderas por el comandante.

Este, hombre deseoso de mantener la disciplina y la moral, quería mostrarse inflexible con el alegre tenorio.

Se hallaba acompañado de varios oficiales que, como él, opinaban que Federico merecía una gravísima sanción.

—Señor capitán—dijo uno de los oficiales a Federico—. Nuestro jefe exige enérgicamente que usted mismo se imponga el castigo que merece su proceder.

Kalman intervino:

—Supongo que estará usted enterado como yo de las causas que motivan su castigo.

—Yo sé lo que debo hacer—respondió el príncipe Federico, con dignidad, disponiéndose a hacer recaer sobre él toda la culpa—. Yo, capitán ayudante, a sus órdenes, pido que se me dé de baja en el ejército.

—¡Esto es hablar en razón!... Presentaré su

9
baja al Consejo superior y procuraré que se le dé curso inmediatamente. Es lo menos que puedo hacer—dijo el comandante.

Federico se inclinó y salió del cuarto de banderas con el alma abatida por una gran tristeza al ver de qué absurda manera perdía la carrera.

Dirigióse a su pensión y vistióse la ropa de paisano, que Schurka le preparó.

Momentos después recibió la visita de la artista Mizzi, quien le pidió humildemente perdón.

—¡Estoy inconsolable!—dijo—. Yo también tengo la culpa de lo que ocurre. No me lo podré perdonar nunca.

—¿Qué se le va a hacer? Vosotros quisisteis castigarme a mí sin demasiada mala intención, sin sospechar las consecuencias de vuestro acto. No os guardo el menor rencor.

—¡Pobre Federico! ¿Qué daríamos todas nosotras para que no hubiese sucedido nada?

—Vaya, se acabó... ¡Fuera penas!...

—¡Una idea, Federico! Ven conmigo a San Petersburgo... Yo tengo una contrata allá... Habrá seguramente trabajo para un hombre de tus condiciones.

—¡No está mal! ¡Acepto, querida Mizzi! Tú, Schurka, prepara mi equipaje. Me voy a San Petersburgo.

Y aquella misma noche partía hacia la capital rusa.

Llegados ya a ella, Mizzi le presentó al director del circo Borelli por si podían contratarle para algún número.

Como Federico conocía perfectamente el arte de la equitación, le contrataron para realizar saltos y piruetas sobre un caballo.

Federico, que era pobre y necesitaba ganarse la vida, aceptó encantado aquel empleo, poniendo como única condición que se presentaría al público con un breve antifaz y bajo el seudónimo de "El Príncipe X".

Aceptadas las condiciones, dos días después debutaba y, jinete maravilloso, vencedor en muchos torneos lúpicos, obtenía un grandioso triunfo.

Resignado con su nueva situación, ahorrando, sin embargo, su brillante carrera perdida, Federico fué a dar rendidas gracias a Mizzi, que había también debutado como bailarina en el mismo circo.

Quiso besar a su amigueta, pero ésta, sonriente, se lo impidió.

—No, Federico. Seamos amigos nada más... No debemos llevar adelante nuestro "flirt"... Yo tengo novio y va a venir a verme. No estaría bien que le engañase.

—La siento, Mizzi; pero me resigno ante tus órdenes. Desde hoy no seré más que un simple amigo tuyo.

—¡Gracias, príncipe!... Mira el telegrama que he recibido de mi novio. Es el chico más bromista del mundo.

Y leyó:

Viena—San Petersburgo.

Mizzi Modelmayr, Circo Borelli.

Tiemble Rusia, que va un gran hombre sólo para abrazar a su amada.

Tony

—Me alegraré de conocer a tu novio, Mizzi.

Y Federico, sin sentir asomo alguno de celos, pues Mizzi no había significado para él otra cosa que un flirt sin importancia, uno más entre tantos, se despidió de su amigueta y rondó un largo rato por la ciudad que le recordaba bellas aventuras gloriosas.

* * *

Mientras tanto, en el cantón del antiguo regimiento de Federico, se realizaban preparativos para una visita que debía efectuar la hermosa princesa Fedora.

Siendo nuestra Princesa coronel honorario de este Regimiento, tendremos que recibirla con todos los honores—dijo el comandante Kalman.

Una tarde, Fedora se presentó en el cuartel. Era una mujer rubia y bien formada, bañada en perfumes suavísimos. La acompañaba la baronesa Alicia, su dama de honor, anciana señora cargada de arrugas y de joyas.

Fedora fué pasando revista a todos los oficiales que vestidos de gala formaban en el cuarto de banderas.

Aquellos jóvenes y galantes militares contemplaban con atención el paso de la hermosa dama que dejaba una estela de suave perfume.

—¡Huele a perfume de violetas!—musitó uno de ellos al oído de su compañero.

—No, es a perfume de "Chipre".

—Aseguro que es de "Claveles Negros"—dijo otro.

Y cada uno fué indicando la clase de perfume que creía adivinar. La suave murmuración llegó a oídos de la princesa, quien dijo:

—Se equivocan ustedes. Es aroma "Quelques fleurs".

Después, mirando al comandante Kalman, le dijo:

—Señor comandante, tengo entendido que el príncipe Federico Palinski presta servicio en el regimiento.

Los prestó, pero ya no. El mismo ha pedido la excedencia. Ocurrió un lamentable incidente y...

—Lo siento. Me habían asegurado que era un bravo militar.

Y la princesa lamentó la ausencia de aquel joven a quien no conocía, pero a quien hubiera querido conocer, aunque fuese solamente porque, como ella, era de sangre real.

Mientras, a la misma hora, en la estación de Viena, el joven Tony Sohn se despedía de su madre y del administrador de su casa.

Su madre, la viuda de Sohn, era dueña del

hotel "Archiduque Carlos", mujer respetable y de una severidad inaudita.

El administrador del hotel se llamaba Polikán y era el ungüento de la casa que sirve para todo.

Tony escuchaba al parroco muy enternecido los consejos que le daba su mamá acerca del viaje de estudios que iba a efectuar a Roma.

—Sobre todo, en los ratos de ocio, visita los museos, que en Roma son muy interesantes... Y a las nueve a la cama...

—Así lo haré, mamá.

Tony entró en el vagón, después de abrazar a su madre y apretar la diestra de Polikán.

Partió el tren y Tony dejóse caer alegremente en el asiento.

¡Gracias a Dios ya estaba a salvo! Ahora en una estación de empelme bajaría del tren y se dirigiría a otra ciudad donde poder coger el expreso que iba directamente a San Petesburgo. Allí estaba su novia.

Había inventado la historietta del viaje a Italia para poder salir sin peligro de las faldas maternas y reunirse con la bailarina Mizzi... Y sonriente se encasquetó un gorro de pelo y comenzó a leer un manual de conversación rusa.

La madre y Polikán, mucho después de haber salido el tren, aun le decían adiós.

—¡Pobre hijo mío! ¡Con lo propenso que es a los catarros! ¡Menos mal que en Italia no hace frío! Cuando regrese ya habrá aprendido mucho y podré ponerle al frente del hotel.

—No se preocupe, señora Sohn, verá como ese viaje quita a su hijo su timidez.

Y volvieron al hotel "Archiduque Carlos" confiando en la ingenuidad del hijo, adorado siempre como un dios y cuidado como una flor de estufa.

Bien lejos estaban de suponer que el muchacho, cansado del ambiente paterno, iba a lanzar una cana al aire y a reunirse con Mizzi a la que habían conocido durante la última actuación de ella en Viena.

* * *

Aquella noche después de la función, Federico, convertido en "El Príncipe X", recibió la inesperada visita de su antiguo asistente Schurka.

He terminado ya mi servicio... Sabiendo

que usted había ido a San Petersburgo, aquí me trasladé para buscarle a la ventura... Anoche acudí al circo y al ver actuar a "El Príncipe X", me dije: "Éste es mi capitán. No hay quien mon-



—...me quedaré a su servicio.

te como él." Si usted me lo permite, me quedaré a su servicio.

—Bien, quédate... Siempre fuiste un fiel servidor. Y oye, ¿es tan guapa como dicen la princesa Fedora? Leí que había ido al regimiento.

—¡Es una mujer estupenda!

Mientras tanto Mizzi recibía en su camarín la visita de su novio Tony al que ella amaba con toda su alma.

Pasaron juntos una deliciosa velada... ¡Cuánto le agradecía ella a Tony que hubiese venido! Iban a pasar unos días magníficos en la capital.

Días más tarde, en el palacio que en San Petersburgo poseía la bella princesa Fedora, se daba una recepción para celebrar la vuelta de ésta.

Asistía toda la alta sociedad de la corte. Entre los invitados figuraban el príncipe Sergio, un militar cincuentón que seguía creyéndose un conquistador irresistible.

Toda la noche estuvo cortejando a la princesa Fedora por la que sentía una intensa pasión. Pero ella, como si lo adivinase, procuraba rehuirle.

Sergio, un poco ofendido por aquel remarcado desdén, fué a hablar con la baronesa Alina, la dama de honor de la princesa.

—¿Qué tal el viaje, divina baronesa?

—Venimos encantadas. ¡Qué regimiento el de dragones!

—¡Cómo se habrán divertido ustedes! Y yo,

en cambio, sufriendo aquí por el amor de la princesa.

—¿Cómo es posible que la princesa le rechace? ¡Decídase usted de una vez!



Asistía toda la alta sociedad...

Toda la noche, Fedora mantuvo con el príncipe su misma actitud de reserva y frialdad. Adivinaba las intenciones de este hombre y no estaba dispuesta a ceder a su amor.

La recepción terminó pasada la media noche...

Los invitados salieron de la casa. Pero Sergio, enloquecido por su pasión, se ocultó en una discreta salita, y cuando vió que la princesa se metía en su cuarto, entró furtivamente en él.



Ha equivocado usted la puerta.

Fedora le miró con rabia, sintiendo el vivo insulto que significaba la presencia de Sergio.

—¡Caballero, márchese! — protestó—. Ha equivocado usted la puerta.

—Fedora, yo quería decirle...

—Fuera de aquí, si no quiere que llame a los criados.

Era tan decidida y violenta su actitud que Sergio temió un escándalo y no quiso ver su nombre manchado por las comedillas plebeyas.

Se inclinó sonriente y salió del palacio. Sentíase profundamente ofendido. ¡El con su fortuna, con su título, con su elegancia, no podía hacerse mirar con ojos de amor por aquella rubia orgullosa!

Algunas noches más tarde, Sergio, que espía-ba siempre los pasos de Fedora, vió que ésta, en compañía de la baronesa Alicia, se dirigía al circo Borelli ocupando uno de los principales palcos.

Sergio llamó al encargado y le dijo:

—Deseo ocupar el palco frente al de la princesa Fedora.

—Está ocupado por un joven.

—¿Ocupado? Bien... voy a hablar con ese muchacho a ver si me lo cede.

Y con alegre despreocupación entró en el palco. En él estaba Tony Sohn que daba muestras de gran entusiasmo viendo actuar a la bailarina Mizzie.

Sergio miró el palco principal en que esta-

ban Fedora y su dama de honor. Las saludó con cortesana reverencia a la que Alicia correspondió cumplidamente y la princesa con una remarcada frialdad.

Tony miró extrañado a aquel intruso.

—Permitame que me presente, joven... Soy el príncipe Sergio—dijo a Tony.

—Y yo, Tony Sohn, hijo de la casa "Archiduque Carlos" de Viena.

Sergio le estrechó vigorosamente la mano. Creyó que Tony era el hijo del Archiduque Carlos.

—¡Oh, tanto gusto! Su padre fué un buen amigo mío—le dijo.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo! Y entonces viaja usted de incógnito, ¿eh? ¡Ya, ya lo comprendo! añadió viendo el ardor con que Tony arrojaba flores a una bailarina.

Tony, preocupado con el amor de su novia, no daba demasiada importancia a que un príncipe tuviese tantas cortesías para con él, pobre diablo extranjero.

—Tengo que pedirle un gran favor—añadió Sergio—. Le rogaría me cediese el palco.

—Está a su disposición. Yo voy a reunirme con mi novia...

Tony salió del palco y Sergio quedó a sus anchas para poder contemplar a la princesa.

Todo el resto de la función lo pasó el príncipe Sergio contemplando con sus gemelos a Fedora, quien, en cambio, no le miró una sola vez.

La princesa fijóse en las diferentes atracciones de la pista, llamándole singularmente la atención la labor de "El Príncipe X", jinete magnífico y arrogante que vestía de clown y realizaba verdaderas proezas sobre el caballo.

Llevaba un negro antifaz bajo el cual resplandecían unos ojos juveniles y apasionados... ¿Quién sería aquel hombre?

Terminada la primera parte, la princesa, acompañada de varios militares que fueron a saludarla, se dirigió a dar una vuelta por los amplios corredores del circo.

Un criado se acercó a la princesa con una gran bandeja conteniendo unas copas de champaña.

Quiso la casualidad que en aquel instante saliera de su camarín y se encontrase frente a la comitiva "El Príncipe X" que iba con su traje de clown y su antifaz.

La princesa se detuvo unos instantes ante aquel hombre que había actuado de tan brillante manera.

—Le felicito, "Príncipe X"—le dijo.

Federico se inclinó sin saber a quién tenía que agradecer el elogio. Uno de los oficiales le murmuró al oído:

—Es la princesa Fedora.

—¡Ah... pues yo también la admiro, princesa!... ¡Es usted una belleza!—respondió realmente admirado de la gracia rubia y cautivadora de aquella mujer.

—Lástima que esté usted en el circo—indicó ella—. Cuánto mejor estaría como soldado en la Academia de Caballería.

Aquellas palabras ofendieron gravemente a Federico que se sintió humillado. ¡El, antiguo capitán, príncipe de sangre real, convertido en un simple soldado del pueblo!

Cogiendo una de las copas de champaña, dijo con una risa burlesca:

—¡Muy bien, princesa!... ¿Yo soldado de caballería? ¡Brindemos por su chiste!

Ofendida Fedora por aquel inconcebible atrevimiento, rechazó la copa y prosiguió su camino, mientras los oficiales contemplaban ajados

a aquel plebeyo artista de circo. ¡Insolente!
¡Tratar así a una dama de sangre real!

Federico se echó a reír. No se arrepentía de



—¡Brindemos por su chiste!

lo dicho. Fué algo nacido espontáneamente en su alma. ¡El un soldado de caballería!

El príncipe Sergio había escuchado a prudencia distancia la conversación y se acercó ahora al artista.

—Vengo a felicitarle. Ha estado usted muy

bien... No sé quién es usted, pero lo que le ha dicho a la princesa... me ha gustado mucho... Usted es hombre superior, lo reconozco... ¿Quiere usted que le proporcione los medios para humillar a esa orgullosa Fedora?

—No me desagrada la idea. Pero, ¿cómo?

—Venga conmigo y se lo explicaré.

Y el príncipe Sergio, que deseaba emplear al artista para servirle de instrumento de venganza contra los desdenes de Fedora, le puso al corriente de parte de su plan.

A la siguiente noche se celebraba otra recepción en casa de la princesa Fedora.

Llevado de su gran desfachatez, Sergio acudió a la fiesta, esta vez acompañado de Federico que iba de frac como el más elegante de los caballeros.

Sergio se acercó a la bondadosa baronesa Alicia a quien dijo:

—Baronesa, ¿me permite que la presente a un

amigo que regresa de Odesa? Es el príncipe Kostomaroff.

—Con sumo gusto—respondió dándole a besar su mano.

Vieron acercarse a la princesa Fedora. Los dos corazones varoniles palpitaron de gozo... Federico venía dispuesto a enamorar a Fedora. Ganando su amor, se vengaría de las palabras de humillación que ella profiriera.

Fedora arrugó el ceño al ver allí de nuevo al príncipe Sergio. Pero éste la aplicó:

—Fedora, ¿perdona usted mi locura?...

—Bueno... perdonado, pero no vuelva a reincidir.

—Se lo prometo. Pero ¿me permite usted que le presente a un amigo mío? El príncipe Kostomaroff... Ha hecho el viaje directamente desde Budapest y ha venido expresamente para bailar con usted.

—¿Es posible?

Miró a Federico con honda simpatía, sin poder sospechar ni por asemo que se encontrase ante el famoso "Príncipe X".

La música preludiaba un vals.

—Señora, ¿me hace usted el honor?—dijo Federico.

—Encantada.

Bailaron, Federico, hombre duche en la conquista de los corazones femeninos, supo cautivar con sus frases galanas y exquisitas la voluntad y el alma de la princesa.

Al terminar la fiesta eran ya los mejores amigos del mundo. La princesa le invitó a tomar el té al día siguiente.

—No fallaré, Fedora. Es usted la más agradable mujer de la tierra.

Cuando Federico salió de palacio, tenía el alma emocionada, el corazón cautivado por el amor... ¿Qué le importaba ya su venganza? Se había enamorado rendidamente de aquella criatura con un cariño hondo y fuerte.

Sergio le esperaba en el zaguán.

—¿Qué le ha parecido Fedora?

—Una cosa única... soberana.

—Me alegro... Deseo patrocinar estos amores. A lo menos que de la venganza surja el bien.

Y sonrió de modo misterioso.

Entretanto en el hotel "Archiduque Carlos" se había recibido un telegrama de Tony.

Polikán lo había abierto y al leer las señas "San Petesburgo-Viena" adivinó inmediatamente que Tony se encontraba en la capital de Rusia.

Con todo disimulo tapó con un dedo la palabra San Petesburgo y mostro el telegrama a la viuda. Decía así:

San Petesburgo-Viena.

Hotel Archiduque Carlos.

Aquí calor insoportable. Prepárome para ponerme frente hotel. Voy muy adelantado. Abrazos.

Tony

—¡Pobre hijo mío! ¡Cuánto habrá sufrido para hacerse entender!

—¡Figúrese usted! —dijo Polikán que tenía sus razones para considerar a Tony como un grandísimo tonto.

Guardóse Polikán el telegrama en los faldo-

nes de su levita, pero ésta se hallaba descosida y el telegrama cayó al suelo.

Marchó el administrador y la viuda Sohn fijóse en que había caído al suelo el telegrama. Lo recogió y volvió a leerlo, dándose cuenta ahora de la palabra San Petesburgo.

La realidad se presentó ante sus ojos. ¡Su hijo se hallaba en Rusia! ¿Qué podía hacer en aquel país tan lejos de la ruta de Italia?

Llamó a Polikán y le dijo:

—Saque usted dos billetes para San Petesburgo. Salimos en el primer tren.

—Pero, señora... Hace tanto frío.

—No replique y vaya a la estación. ¡Mi pobre hijo! ¿En manos de qué aventurera habrá caído.

Y por la noche tomaban el expreso hacia Rusia.

Pasaron varios días. Federico iba con frecuencia a visitar a Fedora. La llama del amor había prendido por igual en sus corazones. Vivían deliciosos e inolvidables momentos.

Ya Federico no se acordaba apenas de su venganza. ¡Ah! ¿Qué iba a pasar el día en que ella, por casualidad, se enterase de que era el "Príncipe X"?

Sin embargo, no quería pensar en esos trances amargos y se entregaba a las delicias de su "flirt".

Pero como no tenía otro medio de vida se veía en la precisión de actuar en el circo todos los días. A las siete y media comenzaba su número, y todos los días a las siete, Federico salía precipitadamente del palacio de la princesa.

Todos los días te vas a la misma hora... ¿Dónde vas?—le preguntaba ella intrigada.

—No puedo decirlo, Fedora. Tal vez algún día lo sabrás.

Y se marchaba dejando a Fedora en la intranquilidad de que un misterio, tal vez otra aventura de amor, envolvía a su enamorado.

Una noche, el príncipe Sergio se dirigió a cenar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

—Todo está reservado, señor—le dijo un camarero.

¡Caramba! ¡Qué lástima!

Pero de pronto vió a Tony, al que creía hijo del archiduque Carlos, cenando con una dama.

Tony al verle corrió a saludarle, satisfecho de tener amistad con un príncipe.

—¡Tengo a su disposición mi mesa, Príncipe! Hágame el favor de venir.

—Se lo agradezco en el alma.

Fueron a sentarse. Tony presentó a Mizzi, su novia... Y los tres cenaron en franca camaradería.

—¡Mi querido joven!—dijo Sergio—. ¿Cuántas veces he comido en este sitio con su señor padre?

A Tony le extrañó aquello. ¿No estaría equivocado el príncipe? ¡Si él tenía entendido que su papá no se había movido en su vida de Viena! Pero, en fin, mejor era no enredar las cosas.

De pronto, entraron en el local la señora Sohn y Polikán que habían rondado todos los restaurantes en busca de su hijo.

Al verle, la viuda lanzó un grito.

Avanzó hacia él con grandes aspavientos... Tony, horrorizado, huyó del restorán, prescindiendo de su novia y del príncipe. La viuda le siguió amenazándole con un paraguas.

—Pero ¿qué significa eso?—preguntó el príncipe a Polikán—. ¿Quién es esa señora?

—Esa señora es la madre de Tony, la dueña del hotel "Archiduque Carlos" de Viena.

El príncipe dejóse caer casi desvanecido en

un sillón. ¡Qué gran equivocación! ¡Y él había cenado con un plebeyo!

Mizzi había marchado también, hondamente preocupada ante las dificultades que sin duda habría para la boda... La burguesa madre de Tony no consentiría nunca aquel matrimonio...

Pero Mizzi no renunciaba a su amor... Quería a Tony y no se lo dejaría arrebatar.

Más tarde, Tony explicó a su madre todas sus relaciones con Mizzi, pidiendo permiso para casarse con ella. Por Mizzi había ido a Rusia en vez de visitar Italia. Sin Mizzi no podría vivir.

—Yo no consentiré que te cases con una bailarina—le dijo su madre.

—¿Separarme de ella? ¡Imposible!

—¿Con qué vas a mantenerla, imbécil?

—Me haré artista de circo... Ya estoy preparado.

Y empezó a hacer piruetas y extraños juegos de manos que indignaron a su madre e hicieron

pensar a Polikán en la fuerza decisiva del amor.

Mientras tanto, Fedora recibía la visita diaria de su enamorado, el príncipe Federico... Pero aquel día, dispuesta a que no se marchase tan pronto, había atrasado ella una hora su reloj.

—¡Hoy me perteneces a mí... a mí sola!...—le había dicho—. Hemos de ir al teatro.

—Imposible, nena... Ya sabes que a las siete he de dejarte.

—No quiero que te marches, Federico...

—Debe ser ya muy tarde... Casi las siete...

—No, no... Mira: las seis y cuarto... Te queda aún tiempo.

Pasaron largo rato en la dulce embriaguez de su cariño... De pronto a él le pareció que hacía mucho rato que estaba en el palacio.

—Aun no han dado las siete. No temas—le advirtió Fedora.

—Ese reloj debe ir mal... Voy a consultar el mío.

Miró su reloj de bolsillo y viendo que marcaba las ocho, despidióse rápidamente de su amiga.

—¡No te vayas! ¡No te vayas!

—Mañana te confesaré el motivo de mis salidas—dijo él.

—Lo que deseo es que me quierse mucho, y esto me basta...

Cambiaron un largo beso y Federico marchó en automóvil al circo donde se comentaba con extrañeza la tardanza del artista.

"El Príncipe X" actuó aquel día con profunda desgana. Terminado su número recibió la visita del príncipe Sergio, a quien Federico comunicó su deseo de acabar la comedia que estaba realizando y de descubrirlo todo.

—Estoy enamorado de Fedora... y no puedo seguir engañándola. Ella sospecha de mis salidas a hora fija. Hay que arreglar esto. No me importa que se entere que soy "El Príncipe X".

—¿Usted enamorado de Fedora? ¡Bah! Cuando ella sepa que usted es "El Príncipe X" se sentirá humillada.

—A lo mejor es todo lo contrario... Yo no soy lo que usted se figura.

—No me venga con historias... Fedora se considerará en ridículo. Es lo que yo quiero... Usted me sirve de instrumento de venganza.

Y salió de modo insolente, dejando a Fede-

rico en plena desorientación, pero dispuesto a confesar toda la verdad.

Al día siguiente recibió Federico una carta que decía así:

Le rogamos se presente inmediatamente en el Consejo Superior de Guerra para enterarle de un asunto que le interesa.

Skojff.

General en Jefe.

Extrañado de aquel llamamiento, corrió a presentarse al general, quien le dijo en tono afable:

—El Consejo Superior de Guerra no ha accedido a su baja; ha visto en este asunto un exceso de delicadeza por parte de usted... En el plazo de tres días tiene usted que incorporarse al regimiento...

—¡Muchas gracias!—contestó emocionado.

—Por cierto, que dicho regimiento ha sido trasladado a San Petersburgo, así es que está en ésta.

Loco de alegría ante aquellas excelentes noticias que le permitirían reintegrarse a su verdadera personalidad, Federico volvió al circo y dijo al empresario:

—Siento decirle que hoy ya no trabajo. Doy por terminado mi contrato.

Fueron inútiles sus ruegos. Habló con su asistente y le dijo:



—...tiene usted que incorporarse al regimiento...

—Schurka, vuelvo al ejército. Tú también serás de nuevo plaza.

En un cercano camarín se encontraban la bailarina Mizzi y su novio Tony.

—Es terrible, terrible — decía el joven—. Mi mamá quiere que me case con una mujer rica... Pero es lo que yo le digo a mamá: Mizzi no tendrá dinero, pero... ¡es rica!

—Mira, Tony, esta noche es mi beneficio... Con él ganaré bastante. Y tú a mi lado, no te faltará en donde ganar algo...

A la misma hora, la señora madre de Tony hablaba con su administrador.

—Señora, creo que se muestra usted demasiado intransigente. ¿No es mucho mejor tener dos hijos que perder uno?... Después vendrán los nietos y...

—¿Será posible que yo tenga nietos, Polikán?

Y la idea de ser abuela la enterneció de tal modo que accedió a dar su consentimiento.

Cuando Mizzi se enteró de que "El Príncipe X" no trabajaba aquella noche, fué a verle rogándole desistiese de su actitud.

—¿Siendo hoy mi beneficio se va a negar a trabajar?

—Por usted lo hago. Una sola vez. Es usted una buena amiga y no puedo negarme.

Aquella noche el príncipe Sergio estuvo a visitar a Fedora.

—¿Quiere usted saber en dónde está su príncipe desde las siete?

—Sí.

Pues acompañame.

Se dirigieron al circo que presentaba el aspecto de las grandes solemnidades. Entre las varias atracciones actuó "El Príncipe X".

—¿No reconoce usted a ese hombre?—le preguntó Sergio.

—¿Yo? ¿Por qué motivo?

—¿Vamos, Fedora, tan ciega es usted? ¿No sabe que "El Príncipe X" y su enamorado son una misma persona?

—¿Qué está usted diciendo? No puedo creer semejante patraña.

—Pues yo se lo aseguro. Una vez terminada la función, iremos al camarín del "Príncipe X" para que se convenza.

Una profunda nerviosidad agitaba a Fedora...

Federico, distraído, no había visto a la princesa...

Después de la función, Federico, ignorante de los peligros que le amenazaban, invitó a su camarín a Mizzi, a Tony y a varios artistas, para celebrar con champaña la despedida.

De pronto abrióse la puerta y aparecieron Fedora y Sergio.

Federico iba ya sin antifaz, pero vestido aun de clown. Al ver entrar a la princesa, se estremeció.

Se consideró inmediatamente humillado, en ridículo. Hubiera querido desaparecer.

—Ese es el príncipe que usted ama, Fedora. Un príncipe X—dijo Sergio riendo con sarcasmo.

—Señora, yo...—murmuró Federico.

Mizzi, Tony y los artistas contemplaban en silencio la escena.

—No intente defenderse. Me ha humillado usted. Adiós—dijo Fedora.

Y sin dar tiempo a que Federico pudiera explicarse, abandonó el camarín.

Sergio se echó a reír.

—Veo, príncipe Sergio, que los años le han dado a usted mucha experiencia. Le felicito—le dijo "El Príncipe X".

Sergio no le respondió y marchó contento de su triunfo.

Los artistas preguntaron entonces a Federico qué significaba aquella escena.

Nada, amigos míos... Que yo amaba a la princesa Fedora, que ella me amaba a mí, cre-

yéndome un príncipe auténtico... Pero, Mizzi lo sabe ya, yo soy verdadero príncipe... Y esa mujer ha de ser mía... Yo os lo aseguro...

Y se echó a reír, pleno de optimismo y confiando en que no podía acabar de manera tan absurda aquel amor.

La princesa había ido a tomar su automóvil y Sergio, sonriente, le echaba en cara haber amado a un simple payaso.

—¿Por qué dice usted eso? protestó ella. Usted mismo me lo presentó...

—Sí, pero yo no he sabido hasta ahora su verdadera personalidad—añadió mintiendo.

—Pues debe usted saber que no me importa... Como no me preocupan las conveniencias de sociedad, me casaré con él.

—¡Princesa!

—Le quiero... y esta es la única e inapelable razón.

Y subió sola al coche cerrando con violento portazo.

Al día siguiente, la princesa se disponía a escribir a Federico pidiéndole que fuese a visitarla.

La baronesa Alicia llegó a ella y le dijo:

—Fedora, los jefes y oficiales del Regimiento

de Dragones, recién trasladados a San Petersburgo, la esperan para ofrecerle sus respetos.

Aunque de profundo mal humor, Fedora se dirigió al salón donde aguardaban brillantemente uniformados los dragones.

El comandante la obsequió con un gran ramo de flores. Ella fué pasando revista ante todos los apuestos oficiales... Y, de pronto, vió con la mayor sorpresa en el extremo de la fila, a Federico. "El príncipe X", convertido en capitán.

—Incomprensible visión!... ¿Cómo era posible?

Federico sonreía. Había sido su mejor venganza. La oportunidad de ir a presentar sus respetos a la princesa, había sido maravillosa para él.

—¿Quién es ese oficial? preguntó con profunda alegría.

—Me permite presentárselo, Alteza? Es el capitán ayudante, príncipe Federico Palinski.

Fedora, radiante de felicidad, avanzó hacia el hombre que amaba.

—Príncipe, ¿podría usted explicarme? ¿Cómo se encuentra aquí?

—Perdone usted, Fedora...—contestó—. Cuando uedí la baja del ejército, me vi obligado a trabajar en algo... y adopté la profesión de ar-

tista. Sergio me quiso presentar a usted como verdadero príncipe... y como al fin y al cabo yo lo era, no tuve inconveniente en acceder...

—A Sergio le salió mal la combinación. Si



—¿Quién es ese oficial?

creyó humillarme con ello estaba equivocado. Porque yo le quiero a usted lo mismo siendo artista que militar.

—¡Fedora!—dijo él con entusiasmo.

—Y eso de "Príncipe X" no me desagradó por

si algún día desaparecies el Ejército—agregó sonriente.



—...le quiero a usted...

—¡Gracias, Fedora! Y desde hoy dejó de ser príncipe para ser el rey de la mujer más bonita de Rusia.

Y allí mismo, ante todos los oficiales, que enviaban la suerte de su compañero, dió un beso a la hermosa coronela.

Los príncipes Palinski, ya casados, se hallaban aún en plena luna de miel cuando recibieron una carta de Viena en la que Tony y Mixzi les daban muchos recuerdos. También ellos se habían casado. Mixzi renunciaba a su oficio de bailarina para vivir en el hotel.

Había triunfado una vez más la juventud... y el príncipe Sergio tenía que presenciar amargada la perenne gloria de su rival.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbrá, 16; MADRID: Caños, 1

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas - 2. Madre pecadora - 3. Estrella simbólica - 4. La rosa del pasado - 5. La mujer de Satán - 6. Jimmy, el misterioso - 7. Nueva mujer, nueva vida - 8. Amanecer - 9. Tras la cortina - 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) - 11. Esta vieja Arizona - 12. Honorar a la madre - 13. Nobleza baturra - 14. Su majestad El Amor - 15. Amor siniestro - 16. Eugenia Grandet - 17. Ana contra el mundo - 18. La hermana blanca - 19. De mujer a mujer - 20. Mujeres frívolas - 21. No me olvides - 22. El caballero del amor - 23. Estrellas fugaces - 24. Tobillos de oro - 25. En nombre de la amistad - 26. El prisionero de Zenda - 27. Sentidos frivolidades - 28. El príncipe Siravos - 29. Fútbol, amor y toros - 30. Hombres peligrosos - 31. Sed de cerillo - 32. Luna de miel - 33. Shari (la hechicera oriental) - 34. El príncipe de los diamantes - 35. Una mujer en Wall Street - 36. Las tres hermanas - 37. Cara o cruz - 38. La calle del azar - 39. La batalla de París - 40. Malas compañías - 41. El conquistador - 42. La casa del millón - 43. El enemigo silencioso.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Próximo número:

Canción gitana

por Lil Dagover y Hans Stuwe

**Selectas Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

Gran éxito de

El dios del mar

por Ramón Pereda y Rosita Moreno

Muy en breve:

Anne Christie

por Greta Garbo

Horizontes nuevos

por Jorge Lewis y Carmen Guerrero

La incorregible

por Enrique Serrano y Tony D'Algy

¡ATENCIÓN!

Se está agotando la

**Biografía de la famosa
GRETA GARBO**

Numerosas fotos - Anécdotas - Postal regalo.

Precio: 50 cts.

Y la Colección de 6 postales (6 «poses»
modernísimas de la misma artista).

Precio: 30 cts.

Pida en cualquier quiosco las

**Biografías de
JOSÉ MOJICA**

y

MAURICE CHEVALIER

cuyas nuevas ediciones acaban de salir, con
letra de las canciones que se han hecho famosas.

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito.

Véase si no:

El precio de un beso

por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Del mismo barro

por Mona Maris y Juan Torena
(6 ediciones)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torena
(3 ediciones)

El presidio

por José Crespo
(2 ediciones)

Romance

por Oreta Garbo y Lewis Stone

El gran charco

por Maurice Chevallier y Claudette Colbert

Tempestad

por John Barrymore y Camila Horn

¡Siempre lo mejor!

Ediciones BISTAGNE

Passeig de la Pau, 10 bis.

Teléfono 16851 - BARCELONA